



## TERCERA PARTE

—  
LOS DOS RETRATOS Y LOS TRES AMIGOS.

—  
CARTA XIII.

EL AGENTE DE BOLSA.

Octubre 27 de 1873.



AYER, sumergido en mis pensamientos, salí de casa, y, sin darme cuenta de ello, me dirigí á la Bolsa. La animación que se notaba en esta región oficial de los negocios, no nacía del interés ó de la importancia de las operaciones, pues no se realizaba ninguna, porque las fortunas particulares se han empeñado en creer que, hoy por hoy, es muy peligroso hacer causa común con la fortuna pública; y ve tú á persuadirlas de que el *consolidado*, que está á 16, va á subir de la noche á la mañana por la virtud especialísima de algún discurso de Castelar ó por la eficacia de los grandes triunfos, digámoslo así, de nuestras armas, que todos vemos

diariamente en los partes oficiales de la *Gaceta*. La Convención francesa decretaba la victoria, y yo no sé cómo no se le ha ocurrido á nuestra República decretar el alza creciente de nuestros fondos públicos.

Ello es que el motivo de la animación de la Bolsa, y la causa principal de la gran concurrencia, y el asunto de las diversas conversaciones que servía de tema dentro y fuera del edificio, era la falsificación de billetes descubierta la noche anterior, cuya noticia se había extendido por todo Madrid, produciendo la más conmovedora de todas las alarmas, la alarma del dinero.

Allí oí asegurar que había en circulación, y en manos de tenedores de buena fe, billetes falsos por valor de muchos millones.

Discurrían unos acerca del mérito de la falsificación, pues hasta en las mismas oficinas del Banco se habían confundido los billetes falsos con los verdaderos; y disputaban otros muy formalmente acerca de la posibilidad de poner en circulación tan respetable suma de papel falsificado; es decir, que discutían muy formalmente si era posible lo que ya era para todos evidente.

El hecho no deja de ser extraordinario, y se hablaba de que existe una sociedad de falsificadores, perfectamente organizada, con grandes ramificaciones en toda Europa, que cuenta con numerosos cómplices y que dispone de numerosos medios para asegurar el éxito de sus operaciones.

Así se explicaba la perfección de los billetes falsificados y la gran suma de ellos puesta en circulación. Se trataba nada menos que de un banco secreto de emisión, cuyo centro directivo podría estar en Londres, ó en París, ó en Nueva York, que son, según nos dicen, las tres capitales más cultas del mundo, donde la industria moderna hace verdaderos prodigios. Esta caverna sería probablemente un palacio, y esta especie de foragidos serían, regularmente, personas distinguidas, gentes bien educadas, instruidas, y hasta se suponía que había de haber entre ellos personajes importantes. Cada cual añadía á la suposición de la existencia misteriosa de esta sociedad anónima, los detalles que consideraba más necesarios. Como no es la confianza la regla de conducta que se observa en materia de negocios, sino la desconfianza, si hubieran podido verse los corazones de aquel enjambre de hombres de Bolsa, habríamos encontrado en ellos, cuando menos, el rastro de la sospecha de unos contra otros. ¿Quién podría asegurar que una sociedad tan tenebrosa no tuviera allí también sus cómplices?... Las encrucijadas se encontraban antes en los sitios más solitarios ó más escabrosos de los caminos, donde el viajero, desamparado de todo auxilio, se veía forzosamente obligado á optar entre la bolsa y la vida; pero ahora las encrucijadas han cambiado de lugar, y se encuentran en las grandes ciudades. El robo ha perdido aquel aspecto salvaje, brutal, de los tiempos antiguos: en los

tiempos modernos no ha podido eludir la influencia de la civilización, y se ha hecho culto, fino, amable, hasta elegante; habita en los grandes centros, circula en el seno mismo de la sociedad, vive al lado de las autoridades, y aún pudiera decirse que á la sombra de las leyes.

No hace mucho se descubrió una falsificación de billetes del Banco de Londres; los falsificadores fueron detenidos en España y entregados al gobierno inglés, y, uniendo ambas falsificaciones, las suponían obra de la misma asociación.

En honor de la verdad, no me parecía increíble el caso. La sociedad moderna se halla invadida, más bien, minada, por las sociedades secretas: de ellas salen las grandes agitaciones, los grandes trastornos, las grandes usurpaciones, los asesinatos misteriosos, y ellas obtienen las grandes impunidades: por consiguiente, una asociación de falsificadores de billetes no me parecía menos posible, ni más culpable, ni más perversa, ni más ruinosa.

Si las sociedades secretas, que tienen al mundo, moral y materialmente hablando, en el estado de desolación en que se halla, encuentran instrumentos para todas las iniquidades, ¿por qué no han de encontrar los monederos falsos, socios, agentes, auxiliares y cómplices?

Precisamente uno de los caracteres más propios de nuestra época es la posibilidad de llevar á cabo las más inicuas empresas. Reconozco que el criminal aislado se ve más eficazmente perseguido; pero

asocia tu maldad á la de otros, toma asiento en los antros tenebrosos de cualquiera *logia*, somete tus perversas inclinaciones á la ciega sumisión de un *Grande Oriente*, y cuenta con la impunidad, más aún, con el éxito.

No obstante, los monederos falsos no han obtenido todavía en su industria las grandes ventajas de la asociación, lo cual prueba que no han perfeccionado todavía la industria de las asociaciones secretas: la ley es aún para ellos inexorable. La *Commune* tiene sus órganos en la prensa, sus representantes en los Parlamentos, sus sesiones públicas; ha sabido conquistarse su derecho, y sea el que quiera el horror que cause, cuenta no precisamente con la impunidad, sino con la legitimidad. Ya se sabe que sus medios son el robo, el asesinato y el incendio, y su fin la devastación universal; pero á los ojos de la civilización moderna tiene su razón de ser, no es un horroroso capricho de la perversidad de los hombres, sino consecuencia inevitable de los principios. Mas los falsificadores de que te hablo no han discutido aún la legitimidad de su industria, fundándola en los principios del derecho moderno, y permanecen, quizá por desdén ó por indolencia, fuera de la ley. Cuando todo está falsificado, la ciencia, la razón, la autoridad, la justicia, la virtud, las costumbres, la riqueza y la libertad, ellos se ocultan temerosos del rigor de la ley, y se esconden para falsificar unas cuantas monedas de oro ó unos pocos billetes de Banco. De

todas las falsificaciones que presenciamos, esta es la única que nos inquieta, que nos alarma, que nos conmueve y que nos indigna, como si en nuestra sociedad sólo fueran legítimos é inviolables las monedas de cinco duros y los billetes de Banco.

Con toda esta disertación quiero decirte, para tu tranquilidad, que el tribunal encargado de descubrir á los delincuentes está desplegando una actividad pasmosa; han sido detenidas varias personas, registradas algunas casas y vigiladas otras; el juez ¡pásmate! no ha dormido en toda la noche buscando el hilo tenebroso del delito; mas, á pesar del sagrado sigilo del sumario, hay quien asegura que el despierto magistrado no ve en el asunto más que tinieblas.

Esta especie ha circulado por la Bolsa, abriendo á la maledicencia el camino de las más atrevidas conjeturas.

Al principio me entretuvieron las animadas conversaciones á que daba ocasión tan extraordinario suceso, y me divertía la variedad de los pareceres, lo contradictorio de las noticias y la novedad de las especies que circulaban yendo y viniendo, llevadas y traídas por el flujo y reflujo de aquel pequeño mar de hombres de negocios. Después empezó á cansarme la confusión que producían tantas lenguas poseídas del demonio de la palabra, y ya me disponía á abandonar este templo de la diosa Fortuna, cuando vino á saludarme un agente de Bolsa, joven de mérito, activo, inteligente, y

puedo asegurarte que verdaderamente honrado. A los pocos días de conocerle advertí en él estas cualidades, deposité en él toda mi confianza, y no he tenido motivo para arrepentirme. Hacía bastante tiempo que no lo había visto, y lo encontré algo desmejorado, pálido y triste; así es que al reconocerlo le tendí la mano, diciéndole:

—Los negocios irán bien; pero la salud me parece que no se cotiza muy en alza.

—Juego á la baja,—me contestó, con una sonrisa que aumentó la tristeza de su semblante.

—De esa manera (seguí yo diciendo), no me quejo del abandono en que tiene V. mi casa. Creo que desde mi boda no le he visto á V. en ella.

Sonriéndose de nuevo, si cabe más tristemente que la vez anterior, y apoyando con familiaridad su brazo en el mío, me empujó fuera del corro de habladores ó de maldicientes en que me hallaba, y me dijo:

—Los negocios van mal; estamos ya dentro de la bancarrota; pero yo he conseguido una mediana fortuna, y no son los negocios los que me apuran. Por lo demás, ya me ve V.: he pasado el verano en Panticosa.

Quise completar su pensamiento, y añadí:

—Aunque generalmente no se cree así, es lo cierto que la salud vale más que el dinero. No obstante, todos nos quitamos la vida por ser ricos.

—¡La salud! (exclamó con afable desdén): no es cosa que me inquieta: los médicos aseguran que

no hay ninguna alteración en las funciones del organismo; que esta máquina marcha perfectamente, y, por lo tanto, no tengo derecho á quejarme de mi salud.

Hablando de esta manera llegamos hasta la esquina del Banco, saliendo á la calle de Atocha, cuando pasó por delante de nosotros una berlina, arrastrada, si puede decirse así, por dos hermosos caballos ingleses. Los dos fijamos los ojos en la berlina, dentro de la que vimos rápidamente un semblante conocido. Después nos miramos uno á otro.

—¿Es Montenegro?...—pregunté yo.

—Montenegro,—repitió, con un tono y una expresión que no dejaba duda acerca de la repugnancia que le causaba aquel nombre y aquella persona.

En honor de la verdad, era la primera vez que oía pronunciar el nombre de Montenegro con desprecio, y, no sabiendo á qué atribuir la animadversión del agente, de la cual yo también participaba, le dije:

—Me parece que no son Vds. amigos.

—Ni enemigos (me contestó). Jamás se ha cruzado su palabra con la mía; no le encuentro mérito ninguno; carece á mis ojos de toda recomendación que lo haga estimable, y no sé á qué atribuir la especie de antipatía que me inspira.

Al oírlo expresarse de esta manera, recordé que el agente había sido uno de los más asíduos pre-

tendientes de Octavia, y sospeché que experimentaba, si no el amargo escozor de los celos, á lo menos algo de envidia, algo de esa acerba emulación que suelen despertar en los hombres las preferencias de las mujeres.

—¡Hola! (exclamé.) Aquí hay un drama.... V. conserva todavía algo de sus antiguas pretensiones, y Octavia ha tenido el mal gusto de preferir á Montenegro, ¿no es esto?... Son Vds. rivales.

—No (me contestó). No conservo hacia Octavia pretensión ninguna; pero guardo en mi corazón su memoria con un afecto indecible; renuncié á la esperanza de obtener su cariño; pero, ¡qué quiere V.! no puedo renunciar al placer de conservar el mío.

Al expresarse así, me pareció conmovido, y me admiré de encontrar en un agente de Bolsa un corazón tan tierno.

—¿Todavía?...—le pregunté.

—Todavía,—me contestó.

Yo me encogí de hombros, y él siguió diciendo:

—No puedo olvidar las palabras con que Octavia acogió la confesión de mi afecto, en la que incurri en la torpeza de hablarle de la prosperidad de mis negocios. «Le perdono á V., me dijo, el inventario que acaba de hacerme de su fortuna, y voy á darle á V. una prueba íntima de la estimación y de la confianza que me inspira. Óigalo V. bien; yo no puedo disponer de mi corazón...., y V.

no es digno de que se le engañe : he querido hacer la última prueba, y ha sido inútil, porque es imposible.»

—Es decir (añadí yo), que Montenegro se había anticipado.

—No (me replicó). Montenegro no había aparecido aún; esto fué la noche de la boda, la última noche que V. me ha visto en su casa.

—¡ Bah ! (exclamé yo.) En ese caso, el inventario de la fortuna de Montenegro le ha parecido, sin duda, menos digno de perdón.

—Imposible (dijo el agente, con una seguridad que me dejó estupefacto). Octavia desprecia las riquezas.

—Entonces será preciso creer que tenía el corazón dado en garantía, y que Montenegro ha llegado cuando ya podía ella disponer de tan rico tesoro.

Estas palabras debieron herir el amor ideal del agente, pues alzó los ojos y me miró con lástima, diciéndome :

—Parece, en efecto, que Montenegro ha obtenido su preferencia; pero juraría mil veces que no ha conquistado su corazón.

Á mi vez sentí yo lástima hacia el pobre agente, y tuve intención de revelarle todos los pormenores que tú conoces acerca de este asunto; mas me pareció demasiado cruel mi intento, y sólo dije :

—Siendo eso así, me parece que estamos hablando de un misterio incomprensible, por lo visto, á la razón humana.

—¡ Incomprensible !—repitió el agente.

—Convenga V. conmigo (añadí) en que Octavia es un verdadero enigma, si niega V. que el amor, la vanidad ó el negocio sean los móviles de su conducta.

—Yo no puedo creer (me dijo con acento de viva convicción) que Octavia sacrifique los sentimientos de su alma á las vanas satisfacciones del amor propio. No hay en su conducta ni amor, ni vanidad, ni negocio; y estoy, además, seguro de que no estima á Montenegro.

Empezaba á impacientarme la terquedad de sus palabras, y le repliqué, diciendo :

—Seamos razonables; V. no quiere renunciar á la idea de haber encontrado en Octavia una especie de ángel que nos ha caído por la chimenea, y prefiere V. encerrar su conducta en las obscuridades de los arcanos insondables, antes que ver en ella el proceder vulgar de las mujeres que se creen obligadas á conquistar un buen partido.

Nada me contestó, y yo seguí diciendo :

—Créame V., amigo mío; las mujeres no valen la pena de los afanes que nos tomamos por ellas; al fin, son también de barro como nosotros, y tal vez de un barro más impresionable que el nuestro. Todo lo que brilla las deslumbra, todo lo que suena las conmueve, todo lo que sobresale las atrae. Es preciso tomarlas como son, ó renunciar completamente á ellas.

El agente de Bolsa, apoyado en mi brazo, oía

mis palabras con la cabeza baja, y yo experimentaba cierto amargo placer en infundirle el desencanto de que me encontraba poseído.

Anduvimos algunos pasos en silencio, el agente con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si se entretuviera en contar las piedras de la calle, y yo con la frente erguida, con el aire triunfante de la victoria.

Al fin, el desahuciado pretendiente de Octavia se detuvo, echó sobre sus cejas el ala del sombrero, y me miró fijamente, con la mirada escudriñadora del hombre de negocios. Al mismo tiempo decía:

—Si yo no supiera que es V. el hombre más afortunado del mundo, creería que había V. experimentado algún desengaño.

—¡Desengaño! (exclamé.) ¡Quién no experimenta alguno en la vida! Las mujeres son como las perspectivas: á cierta distancia, muy bien; pero acercándose demasiado á ellas, se pierde el efecto.

—¡Bravo! (me dijo.) Es V. lo que se llama un hombre de mundo, y no seré yo el que me empeñe en desengañarle. Por lo demás, creo á Octavia satisfecha de su conducta.

—¡Diablo!.... (exclamé.) ¿Será capaz de envanecerse?....

No me dejó concluir la frase, pues se apresuró á decirme:

—Sí, señor; Octavia es capaz de todo.

Y oprimiendo mi mano con la suya, que me

pareció temblorosa, se despidió de mí precipitadamente, dejándome en la puerta de mi casa.

De seguro me has llamado imbécil dos ó tres veces durante la lectura del diálogo que puntualmente acabo de transcribirte, y tienes razón. Había tomado las palabras del agente al pie de la letra, cuando entre hombres de negocios todo hay que tomarlo á beneficio de inventario. Hasta el último momento no he comprendido la ironía que encerraba la frase *Octavia es capaz de todo*. ¡Ya lo creo! No le perdona la preferencia que concedió á Montenegro, y se venga.... defendiéndola, más aún, ensalzándola. Es un sistema de vituperio como otro cualquiera, y, bien manejado, más seguro que ninguno.

Verdaderamente, he sido un imbécil. ¿Había de pensar como un poeta un agente de Bolsa?... Tú pudiste engañarme con el colorido seductor del retrato que de ella haces; pero tú al fin eres un pobre soñador, empeñado en despreciar el dinero, mientras en cada mujer pretendes encontrar un tesoro. ¿Qué te parece Elisa? ¿Qué te parece Octavia?

Ríete de mí cuanto puedas para que quedemos en paz; y en cuanto al agente, le preparo una venganza monstruosa. El martes le invitaré á comer conmigo; también comerá Octavia con nosotros, y te juro que voy á divertirme al verlos frente á frente.

Es un golpe maestro.»